

por la alegría ó el furor. Las manos, elevadas sobre las cabezas, aplaudían ó amenazaban. Era algo de prodigioso un pueblo dando una importancia semejante á sus señores. Una vez le llamaba: "¡William!" y le daba explicaciones rápidas: "Este es Bruto; aquél es Casio. No son bandidos, pero sin que lo sepan, la envidia se desliza en ellos y arma sus brazos del puñal. Mira á Antonio y sus ojos de vil. Siempre vagando y preguntando, sabe dar á lo verdadero una apariencia dudosa y aprovechar la mentira."

—¡Qué calor!— pensaba Shakespeare,— he hecho mal en venir á Italia en esta época. Mi cuerpo de sajón se ahogará.

En aquel esplendor de la naturaleza su alma, por contraste, estaba á sus anchas y se encontraba singularmente lúcida. Distinguía el detalle de las pasiones. La vivacidad de las impresiones fué causá de que habiéndose estado un niño á punto de ser aplastado entre la multitud, todo el mundo se compadeciera de él y se diera un momento de tregua á la política. ... En ese momento, el rayó del sol se extinguió, como una lámpara que apagan. Desapareció el Foro. Shakespeare se halló ante lo real, el cálido camarote, las cuerdas, la alforja y su Plutarco entre las manos. Estaba habituado á esos saltos y ya no le asombraban. Pero entonces el presente le parecía muy descolorido, insípido.

Sin embargo, tuvo una sorpresa. El navío oscilaba. La calma había cesado. Subió al puente. Las velas estaban hinchadas. El Tritón corría sobre las olas que un viento muy vivo y súbito hacía espumar hasta las lejanías del horizonte. Una larga pirámide negra que crecía poco á poco en el cielo, había absorbido ya el sol y oscurecía la superficie del mar. El capitán Blackoff le mostraba á sus hombres con mueca significativa: "Hum! hum! Mal negocio. La brisa sopla del Oeste. La marea es contraria. No me asombraría una tormenta." No se fijaba ya en su pasajero y daba á Fred repetidos consejos. El gaono, con todo su cuerpo torcido, se apoyaba sobre el timón. Cada uno se activaba como en previsión de un peligro.

Shakespeare deseaba ardientemente la tempestad. Sus nervios, excesivamente tensos, necesitaban un tumulto nuevo

Además, la idea del peligro le parecía digna de ser contemplada. En el seno de las fuerzas elementales, cuyo destino es especial y dominador, y que forman parte del gran cuerpo cósmico, las cortas fuerzas humanas, dislocadas y desquiciadas, están en su sitio, en su rango de importancia. Pero la conciencia se acrecienta por el riesgo, iluminándose, hasta el fondo de ella misma, en esas regiones que por la calma se pudren y se cubren de plantas venenosas. El riesgo, como el amor, dá á todas las cosas un precio inestimable. Hace amar el mástil, refugio posible en último extremo; la boya, la menor tabla. Hace amar al vecino, cuyo esfuerzo va en el mismo sentido. Anima el velamen, cuyos cruji los secos son una angustia; los fiarcos de la nave, en cuya solidez está toda la esperanza; la quilla y el puente. Existe la superstición, la apuesta, el gusto de vivir.

Sobre la masa obscura del cielo, dos gaviotas blancas se perseguían con gritos agudos. El poeta aubía con ellas. Experimentaba sus vueltas, su locura de rapidez, sus chabouzes en las olas espumosas, sobre cuyas crestas se dejaban mecer en un balanceo de navicillas. En sus voces oía los presagios de los dioses en la muerte de César. Después miraba el océano y su gozo se hacía extremo, porque las olas crecían y crecían. El Tritón se levantaba en la cima de una montaña de agua, descendiendo en seguida á llanuras líquidas. Eran vastos paisajes glaucos. A meado, de los abismos, una tromba silbante barría el puente, y los marineros se encorvaban bajo ella. Shakespeare la recibía en medio de la cara. Aquello le dilataba el corazón. Su pensamiento se comía deliciosamente. Saboreaba el sólo placer físico. Vivir en tierra le parecía un engaño. La tierra, elemento enajenado, buena sólo para construir casas! Se presta á las metamorfosis y alimenta el trigo y el animal. Pero nada más. Ninguna idea de libertad eube de su seno. Regula las estaciones, mide la duración como los caminos, y á sus hijos los hace esclavos. El mar al revés; no impone leyes ni costumbres á sus fieles peces. Sus partecillas húmedas se mezclan y se confunden sin cesar. De un antípoda al otro se extiende según su propio deseo, y sus olas corren de playa en playa, nunca satisfechas, mordiendo la roca, olvidando la piedra y la arcilla, dejando á la tierra sus manchas.



De pronto, un relámpago interrumpió sus reflexiones, seguido raudamente de un trueno luminoso, como si un ejército de carros rodase por encima de las nubes opacas. Al mismo tiempo se abrieron las cataratas celestes, y redó la lluvia, agujereando las olas, acompañada de granizos que sonaban sobre el puente de la nave.

—Cargarlo todo!—gritó el capitán.

Aparecía gigantesco. Su boca se ensanchaba enormemente a risa. Los seis marineros lograron, con mucho trabajo, desender el velamen, que la rabia del viento sacudía de una manera terrible. Acabada aquella maniobra, Blacknaff, en recompensa, les tendió una botella de alcohol, de la cual bebieron á escape un gran trago, porque el balanceo del barco les sacudía sobre sus piernas indecisas. William fué arrojado dos veces al suelo. Por último, se apartó de la borda y agarró con mano sólida un mástil. Pero donde quiera que se ponía estorbaba la maniobra.

Esta era complicada, y siete pares de manos robustas, de dedos nudosos y chorreando agua, apenas si bastaban á ejecutarla. El poeta se sentía avergonzado de no tomar parte en ella. Pero, al ofrecer sus servicios, Blacknaff rehusó con tono áspero: «Deja eso, comerciante; deja eso. Harías alguna barbaridad. Conténtate con recibir la salsa de esa furiosa.» Los hombres revestían hopalandas de cuero encapuchonadas. Parecían diablillos de comedias de magia. Tendieron una al pasajero, quien se alegró mucho de abrigar así su vestido casi nuevo de paño.

El color del mar había cambiado. Estaba ya tan negro como el cielo y atravesado de cintas de plata movibles, porque la ola aumentaba. La lluvia cesaba de pronto para proseguir con más violencia, y los relámpagos se sucedían sin tregua en medio de un asordante estruendo. Llenaban todo el espacio. William observaba su vuelo furioso, su nacimiento, su muerte y su posteridad. A veces una mosca azul, una chispa color violeta anunciaba esos grandes personajes, y el sacudimiento aéreo era entonces infinito, y á veces una luz pálida seguida de un temblor de éter. Qué rabia se manifestaba así, á la cual respon-

día la de las ondas, sacudidas, torcidas, desmelenadas por largos arreos y franjas de formas fantásticas, galopar de bruma y espuma! Aquella cólera imprevista enorgullecía el corazón. El joven sonreía altanero. Insultaba al rayo. Lo desafiaba. Lo juzgaba digno de él. Si, hubiera caído sobre César. Pero en donde se perdía aquí, en esta desordenada ascensión de montañas!

—Anda ¡Cock! Esa polea, Babbly.

—A tí! á mí! Cuidado con la salsa! Mal apuntado, hijo, mal apuntado!

—Mete la brújula, muchacho!

—Et'món, Fred! Dja ir! El diablo marca el camino!

Los diablillos se agitaban de todos lados. No se distinguían sus caras, ni siquiera cuando de vez en cuando se tragaban una ración de alcohol, pero la alta estatura de Blacknaff sobresalía, fácil de conocer entre todos. Saltaba sobre el puente, en los obenques, en la proa, en la popa y alrededor de los mástiles, como una fiera enjaulada. A intervalos casi fijos como el trueno, resonaba su risa enorme, mezclándose al tumulto de los elementos. Estos se abrazaban con amor gigantesco. Las vibrantes cuerdas eran un instrumento de música y celebraban las bodas del cielo y del mar. Un hueco grisáceo se abrió entre las nubes, y por él se destrozó un rayo de sol, pero aquel capricho cesó súbito y la obscuridad recobró sus derechos. El Tritón había perdido su sentido común de honrado barco. Viraba lento, giraba, salvado por su misma ligereza. Las olas jugaban con él á la pelota, se lo enviaban y lo devolvían, lo pasaban á otras más pequeñas que lo sacudían en todos sentidos algunos instantes y lo volvían á lanzar á las primeras.

—Más alto! más alto aun! Esta vez nos hundimos en el fondo,—pensaba William.

Y se agarró al mástil, su séptimo. La bruma le azotaba la cara, y su lengua tenía un sabor salado. Bebió algunos tragos de alcohol. Sus ideas se exaltaron. Las olas fueron un pueblo inmenso del cual era el soberano. Organizaba la batalla, el cañoneo luminoso y precipitaba las masas al asalto! Oyó trompetas, relinches, rumores de muertos y gritos de heridos. De



qué destinos desconocidos y maravillosos, segados demasiado aprisa, no era responsable!

—Quita, muchacho, ese remo que adelanta demasiado! Inclínate, inclínate. La catarata!

Un golpe de mar barrió el puente. Los hombres se habían tirado al suelo, y William rodó entre ellos. Como estaban borrachos de alcohol, no podían levantarse y Black aff tenía ensangrentada la cara. Pero se seguía riendo, cubierto todo el pelo de su cara de una escarcha salina.

—Nunca he.....nunca. ¡Cuerno de buey! estoy herido. Pero no importa.... ¡A la maniobra!

Fred no dirija ya. El timón acababa de romperse por dos lados.

Una sombra natural envolvió la tempestad, porque la noche descendía poco a poco. El huracán que se había calmado algo, prosiguió vehemente ayudado del crepúsculo. Se oyó un crujido siniestro.

—Se ha roto el mástil,—aulló una voz blanca.

Shakespeare comprendió una cosa: que sus compañeros tenían miedo.

—A rezar!—gritó Black aff.

Los marineros, agarrándose á las menores asperezas, se arrodillaron sobre el puente.

—Tú también.

William sintió una mane pesada encorvar su espalda.

Con los relámpagos por fanales, al tumulto ensordecedor del trueno, á merced de la insensibilidad rebelde, aquellos seres humanos perdidos entre dos elementos, piliaron á Dios en una serie de palabras vociferadas ó lánguidas, más que la salvación de sus cuerpos, la de sus almas. Suplicaban en latín, como en la iglesia, y Shakespeare, tranquilo y contraído por aquella angustia que le rodeaba, pensaba que la Providencia hubiera sin duda preferido algunas palabras bien conmovidas, bien sinceras, en el rudo lenguaje del peligro. Pero si los labios balbucían, los corazones imploraban según su deseo, y era un curioso espectáculo esas masas brillantes oscilando sobre sus rodillas en una angustia semi religiosa.

Cuando se levantaron, el que se llamaba Bobby mostró el puño á William.

—Eres tú, comerciante ó hechicero, quien has causado la tempestad. Tú has hecho un pacto.

Vociferaba tan cerca de William, agarrándose á las cuerdas, que el poeta respiraba su aliento alcohólico. Sus ojos azules estaban agrandados por el terror y su voz parecía como dos articuladas.

—El mástil se ha roto por culpa tuya. ¡Ah mil truenos! Debíamos echarte al agua, sucio calvo de desgracia, caja de demonios!

Los otros titubeaban, indecisos y desconfiados. Desde hacía algunas horas sus pesados y superciosos cerebros acartaban esa creencia.

Un trueno lejano se juntó á la inyectiva.

—Tu oyes—continuó Bobby, á quien el silencio de su adversario animaba.—Yo voy á echarte al agua, caja de demonios!

El vaivén del buque hacía imposible el agrupamiento material de las cóleras, pero Shakespeare adivinó que se juntaban y que un segundo más la cosa sería decisiva. Y respondió con calma:

—Amigos, os engañáis. Soy un buen cristiano.

Y una ola de bruma lo bautizó.

—Os podrán dar datos en mi parroquia. Y para tranquilizaros, he aquí lo que nos salvará, después de haber salvado á nuestros padres.

Con sus dedos rígidos, sacó con gran trabajo, de debajo del jubón un pequeño crucifijo de marfil que no le abandonaba nunca y que dejaba su marca sobre la piel del poeta. Ganado también por la superstición, lo dirigió lentamente hacia el Norte, el Sur, el Este y el Oeste. Luego lo besó y se lo guardó otra vez.

Eso convenció á la tripulación. Bobby se enconjó de hombros y se calló!

—Ya tu ves—dijo burlón Black aff, cuya actitud había sido neutral;—ya tu ves que no embarco brujos. Y tú, pasajero, cuando llegues á Rotterdam, nos pagaras una copa de lo añejo y bueno.



—Diantre!—declaró Tom,—es la mejor manera de hacer que llueva. Como si un hombre pudiera hacer agitarse eso!

E indicó el mar, que desencadenado parecía haber llegado á la cima del desorden. El poeta veía en el líquido elemento la imagen de las pasiones súbitas, de las cuales una vertiente es de sospecha é hipocresía, una cima, de libre expansión y que se desploma en seguida, una vez gastada su energía. La ventaja de los espíritus sanos es dejarse llevar por ellos, sin resistencia á la naturaleza.

Gruesas gotas de lluvia, mezcladas de un polvo de bruma habían reemplazado al diluvio y el puente estaba cubierto de granizos que se fundían. El estrago pareció extremo. El camarote de tablas toscas yacía dislocado. Hubo que reconstruirlo. Los hombres comenzaron alegres á trabajar en la reconstrucción esa. Cuerdas y velas estaban echadas á perder, y algunas desgarradas. Las cuerdas y los cuchillos comenzaron su tarea reparadora.

Shakespeare, después del alerta, había vuelto á su sitio de observación. No comprendía cómo había llegado tan aprisa la noche. Tantas emociones le enmascaraban la duración, fugaces límites elevados por las estaciones sobre el camino de la vida, y que toda impresión viva rompe y pulveriza; la duración que en un grano de trigo contiene un mundo y un sueño la eternidad que el temor y el gozo oprimen, y á la que hacen languidecer, la espera y la melancolía. Siempre en carrera con el deseo, tan pronto se le adelanta y le precede, y tan pronto —pero más á menudo— tropieza con él, dejando sobre el camino un cadáver. Aguijones y oprime á los viejos; convence á los jóvenes de que patea siempre en el mismo sitio. Con igual movimiento se lleva al insondable porvenir la sangre del corazón, la idea, el acto. Pero las alas no tienen ni duración ni espacio. Su existencia es inmortal. En ellas no hay ni restos, ni ruina, ni sepultura.

La brisa había tomado una dirección fija—la buena—como afirmaba Blackoaff. Aunque muy picante todavía, era uniforme y se pudo izar una vela. El poeta, absorto en su contemplación, presa de ese montón humano que el alcohol y la caída del

miedo hacían delirar, contemplaba las burbujas de agua que saltaban en derredor del "Tritón." Esos elegantes pequeños universos, desprendidos del Océano por el choque, sufían las mismas leyes que los astros. ¿Estos no eran el surco en el espacio de un inmenso navío invisible? Lo que llamamos los siglos y lo que llenan las batallas, los genios y las religiones, se conserva también sobre uno de esos globos minúsculos y brillantes que no parecen más que una salpicadura. Sobre cada uno de ellos, cada ser, según su fórmula, cree participar de una magnífica tragedia, cuyo telón caerá en el juicio final, cuando toda su aventura depende del azar de la quilla del "Tritón."

Los sollozos del mar que habían alzado tanto su robusto pecho, se calmaban por largos suspiros. Las olas se hacían aquí y allá pulidas y ceitosas. A lo lejos, en las profundidades celestes, solo algunos ruidos atestiguaban el pasado furor. La noche era completa y sombría. Súbitamente la cortina de nubes vaciada de tempestad se apartó como desgarrada por manos ligeras y apareció radiante la luna, en medio de su corte de estrellas.

A esta luz los menores detalles del agua se hicieron bien visibles. Shakespeare admiraba aquella ciudad líquida extendida hasta el fin del horizonte, las finas moradas, y los palacios de cúpulas diamantinas. La benevolencia de la naturaleza, que después de sus fases de cólera nos tiende secretos iluminados, se penetraba de una languidez enternecida. Tuvo la ilusión de que sus fuerzas se escapaban de su cuerpo y corrían á jugar en el surco de la luna para volver á él frescas y nuevas. Este balanceo de su alma hacia el alma universal era un ritmo, una melodía cantada por el amante bajo la ventana de la amada. Que armoniosamente seguían la cadencia el deslizamiento furtivo de la rava y la curva hinchada de la alta vela oscura. Todas esas alegrías fundíanse en la de la fuga, palabra de sueño y éxtasis, palabra milagrosa y enérgica: "Por esa fuga, lo siento, ahora que tengo veinte años, voy á descubrir mi destino. A cada instante me volveré y veré mi fantasma del minuto anterior, y mis deseos en él. Esos despojos sucesivos, serán



para mí una escuela. Esas envolturas de *yo*, abandonadas sin dolor, tendrán la forma de mi progreso. Tan pronto quisiera ser rey y dar órdenes que estremecieran todo un imperio; y tan pronto *burgués* como mi padre, viviendo regularmente de un trabajo regular. Un día me ilumina la llama de los cuentistas y los poetas, y tengo con qué poblar durante siglos los ensueños de todos los hombres. Al día siguiente deseo ser cómico. Por la fuga podré contemplar, solo virando la cabeza, mis innumerables personajes tan distintos como alcanzados y sobrepujados sin tregua en una larga corriente de luz. Abrete, Plutarco vivo, alzado sobre las orillas en donde bien pronto voy á desembarcar, Holanda, Alemania, y más allá todavía, estruendoso dominio de las pasiones agrupadas en heroes ó disipadas en batallas. Si puedo absorber por el pensamiento, tantas y tan grandes cosas, y devolverlas seguidas al mundo, con mi cuffs y con mi marca, seré el más grande entre los grandes. Relieve y fuga, como en esta noche de paz, sed mi guía y mi divisa."

Encendieron un fanal. Los hombres bromeaban en torno á la luz, y festejaban, con nuevos tragos, la caída de la tempestad. Shakespeare, absorto en sus pensamientos orgullosos, de los cuales el enervante vapor oscurecía su razón, se convirtió en autómatá. La realidad no entraba en él, más que por fragmentos aislados, desacordes, miuciosos. La risa de Blacknaff, la cara asquerosa de Fred, las observaciones anticuadas de Tom, no eran ya más que cosas desagradables. Se sentó maquinalmente, para la comida de la tarde, en el camarote restaurado, que iluminaban dos linternas asquerosas. Maquinalmente comió su parte de pescado y carne, respondió á las preguntas y escuchó dos ó tres narraciones. En cuanto pudo escaparse, corrió á sentarse en el sitio mismo desde donde su mirada podía abarcar mucho.

Allí estuvo largo tiempo, sin duda inmóvil y lleno de imágenes, que por un hilo téans se ataban entre sí. Veía desfilár ante su conciencia, partes de su personalidad, hasta entonces oscuras y muías, derramándose en todo el organismo que las contiene sin percibirías. Porque hay algo de vida palpitante, y

de esa bella materia sensible que la razón echa á perder y enfría rápidamente. Allí están todas esas impresiones que creemos perdidas y fugitivas, que los sueños algunas veces animan, pero que so'o la pasión desentumece y conduce al corazón. Shakespeare invocaba esos poderes corporales. Pero no se funden más que al amor, y se figuró que tenía á su lado y en contacto con su alma complexa, una criatura bella, flexible y sencilla, á quien ceñía el talie. La llamó Stella. Vió lucir sus miradas. Oyó su soplo ligero. Tenía una túsica trasparente y su cuerpo se plegaba gracioso, siguiendo los movimientos de la nave. El jóven temblaba de voluptuosidad.

Se le llevaba á países espléndidos, abandonados muy pronto á fin de alcanzar la pena del abandono. En el seno de su placer había angustia que le dejaba una fiebre devoradora. Stella levantaba su cara refinada para beber á largos tragos la noche y el silencio. ¡O perfumados y frescos eran sus brazos! Su cuerpo se movía como solicitando un abrazo. Cuchicheaba palabra del *Tritó* ensibles con un tonillo monótono, en donde todas las músicas estaban incluidas y luego suspiraba de deseo y se echaba hácia atrás hasta tocar las olas con su nuca, en donde el agua dejaba perlas brillans.

El joven jadeaba. Las ondas de vida fluían á sus labios. Y como adivinaba toda causa, comprendió que su sufrimiento dependía de la idea de anonadamiento que rompería aquella cárcel. Stella, como toda cosa sensible, era el fuego de un humo ilusorio. Adivinó en los ojos del joven su pensamiento. Con geste enervado paseó sus manitas sobre sus caderas aterciopeladas, sobre su vientre, sobre su perfecto seno, y aquello quería decir que tal maravilla se borraría muy pronto y que era preciso gozar y gozar antes que sonara la hora de las agujas fúnebres. Al levantarse él para asirla, ella desapareció súbito. Shakespeare se sintió agarrado por un brazo sólido.

—Qué haces compafiére? Te ahogas!

Era Cock quien le había salvado del peligroso llamamiento de las sirenas y quien asombrado le sacudía.

--Es malo dormirse ahí! Los otros roncan. Yo estoy de guardia. Y marchó con relación al sueño

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1900 1624



Su honrada cara lucía en un rayo de luna. Shakespeare, tembloroso, le dió las gracias. Nunca más tendría semejante enamorada.

La frescura de la noche hacía charlar á Cook.

—Es la primera vez que haces esta travesía?

—Sí.

—Entonces, tienes suerte. Ya es la décima. Conozco este mar; es pé fido.

Sacudió dos ó tres veces la cabeza y repitió:

—Es perfido.

Tenía la voz baja y casi tierna.

—Pasajero, pareces joven. Dejas familia en Stratford?

—Uaa mujer, mi padre y dos hijos.

—Hablan los moccosos?

—Todavía no.

—Mejor para tí. No recordarás como te han dicho adiós.

Y suspiró.

—Yo también he dejado en otro día una noche dailia, pero hoy están en el cementerio cerca de Lewes, donde está Lewes?

E indicó hácia el Oeste.

—Una linda ciudad pequeña. Hace cuarenta años que soy marinero.

—Y sigue gustándote serlo?

—Lo hago para vivir. Cuando uno es rico es más dichoso en tierra. Pero allá arriba--y señaló á las estrellas--dicen que más tarde será uno rico. Tú y tu padre tenéis dinero?

—Un poco; somos comerciantes. Hay años malos.

—Bah! con tal que se pueda comer todos los días.... Antes, yo esperaba llegar á ser algo importante: un almirante.

Y tuvo una sonrisa de resignación.

—Pero ahora no pienso ya en tonterías.

—Entonces, en qué piensas?

—En los que estan muertos. Mi mujer era muy buena.

Siempre, cuando volvía, se ponía muy contenta. Y mi hija también. Teníamos amigos, vecinos. Y una vez, al volver de España, no encontré á nadie. La casa estaba cerrada. Las dos habían muerto.

Y, al mirar

RENTAS DE LA CIUDAD DE

"CIVILIZACIÓN"

CONTRATO DE

CONTRATO DE

Hubo una larga pausa. Cook tenía húmedos los ojos.

—Hombre feliz!—pensaba el poeta;—no ha gastado su solo recuerdo!

Evocó la desaparición posible de los suyos, un retorno semejante al de Cook, la casita cerrada, el embarazo de los vecinos anunciando con muchas reticencias la noticia. Una comadre le repetía las últimas palabras del viejo, palabras dirigidas á él: *querido William*, y tuvo una emoción egoísta sintiéndose así reclamado por el agonizante. Pero notó en seguida que aun no era padre ni marido, que sus pequeños no le agarraban las entrañas y que esa parte seca de su alma le cerraba muchas fuentes vivas.

Cook maniobraba diestramente el trezo de timón que le quedaba. Se puso á observar el mar, con gran cuidado.

—¡Oh! ¡Oh!—lijo súbito;— ¡despojos! Ha habido un naufragio.

Al rededor del *Tritón* y por encima de las olas, flotaban trozos enormes de madera, restos de mástiles y de tablas que se entrecrocaban en la luz del mar.

—Han debido irse á fondo.

Y el viejo marino hizo una mueca.

—Esta tempestad hará llorar á muchas mujeres.

Shakespeare, horrorizado, consideraba esas imágenes hogacas de la angustia, en camino hacia playas ignoradas. Aquella misma hora, en el fondo de las aguas, los hombres que se habían confiado á esos soportes demasiado frágiles reposaban hinchados y asquerosos, mientras los peces los olían, disputándose los pedazos. Siempre la muerte; la muerte por todas partes. Bajo la tierra, bajo las ondas, en las narraciones marinas, tras el amor tenía sus tribunales polvorientos y tizosos. Todo era para ella abrigo y receptáculo. Pero el pensamiento, por un sortilegio extraño, unido á ella, descendía á las profundidades de la vida, como si hubiera sido, en vez de la nada, un camino hacia otro estado misterioso, del cual la atracción gobierna todos nuestros actos. Y sobre la historia, sobre los siglos, no había más que despojos flotantes, en donde se veían pasar al gairete, los proyectos de los conquistadores, los besos



de las grandes apasionadas, puñales en sortijas, corazas, troncos imperios enteros; todo eso ligero, efímero, arrastrado á reviviscencias, analogías ó abismos más negros que el negro de Auto.

El poeta creyó ver al *Triton* atravesando un pueblo silencioso de fantasmas, emanados de sus húmedas tumbas y que se dirigían á algún lado á lo lejos, hacia esas regiones vagas que iba el dedo de Cook, á reconstituir seres palpables. Aquello pasaba sin duda en una isla perdida, la isla de los Remanamientos, en donde todo hablaba, desde las hojas hasta los guijarros de las playas. Allí iban á parar los restos de todas las catástrofes, morales ó materiales. Había muchas veces al año de esas grandes fiestas de ultramuerte en donde alguna fuerza semejante al amor asociaba las piezas disjuntas, rejuveneciendo la energía vital.

El joven pasó una gran parte de la noche perdido en esos ensueños enigmáticos, interrumpidos de vez en cuando por una reflexión ó una exclamación de Cook, atento á su trabajo. No sentía fatiga alguna. Un extraordinario enervamiento hacía desfilas bajo sus párpados espectáculos mezclados de Platarco y de la tempestad, dramas en escena formados de un solo clamor, un gesto, una mirada triste ó pasiva.

—Un teatro de bestias tragedias en donde todo parece instintivo, casi animal y sangriento. He ahí la belleza. Y luego: 'Un teatro de ideas exquisitas, de sentimientos refinados que disimulara al bipedo bajo una cascada de palabras armoniosas.' No sabía qué alternativa escoger. "Dramas verdaderos y sencillos, la conversación de Cook. Dramas forjados de irreal, fantasmas y sirenas, como los que se me han aparecido hace un momento, como esos seres de que hablaba Blacknaff." Supuso una obra cruel conducida por malvados, pero toda de sonrisas y las distinguía con la serie de las contracciones hipócritas de bocas de labios delgados. Qué palabras convendrían á esos pliegues musculares! O también una vasta asamblea de hombres desgarrándose el pecho, arrancándose los cabellos, cada uno por un dolor diferente y en medio de esos torturados, otro már-

tir, lleno de desesperación seca é interior y considerando las lágrimas de los que le rodeaban como gritos de niños.

Y luego, él tenía un comercio de vicios en la tienda de su padre. Allí estaban alineados, con sus máscaras grotescas; la glotonería de vientre gigantesco, de manos grasientas, de pies cuyos dedos nadan en la grasa; la lujuria aullando, sacudida de sobresaltos, de pupilas ensangrentadas, de dedos torcidos y de lengua silbadora. La avaricia contraída; la envidia, de perfil; la cólera y el miedo, horribles. La gente entraba y discutía los presios. Eran autores famosos que necesitaban personajes para sus comedias. Ensayaban las máscaras, proponían modificaciones, criticaban, se reían y recitaban monólogos. Pero sus exclamaciones y sus diálogos no concordaban con los papeles que pretendían representar. Shakespeare sufría de esas muecas falsas. Rectificaba las entonaciones y las posturas. Se hacía glotón, lujurioso, avaro, envidioso y colérico.

La luna palidecía. Las estrellas comenzaron á extinguirse. El circuito del horizonte quedó algunos instantes uniformemente descolorido y de esa corona subía hacia el cielo un vapor brillante, rocío marino, cuando en un punto preciso comenzó á temblar una corta banda rosada. Por encima de las olas apaciguadas se despertaba la vida en el silencio, sin gallos ni ruido humano. El poeta esperaba el nacimiento del día, la salida del sol.

El joven quedó como embriagado cuando surgió el astro rey. Su mirada no podía saciarse del magestuoso incendio celeste. El ardor de sus pensamientos le había preservado del frío de la noche, pero sentía en aquel instante un delicioso estremecimiento que desligaba los menores pliegues de su alma. Un buen viento hinchaba el velámen. Cook cantaba al timón. Sus compañeros, despertándose, se ponían á la obra, frotándose los ojos. Blacknaff ya se reía, empujando y derribando su *ternera de luna* y á todos sus perseguidos.

—Por Neptuno!—aulló;—son las costas bajas. La tempestad de ayer nos ha servido!

Y mostraba las masas blancas, cuadradas, alternando con



dunas amarillentas. Por instantes, aquellos baluartes se apartaban y se veía un puerto verde y gozoso, casitas y árboles. Aquellos pasajes eran peligrosos; pusieron la proa al mar.

La fatiga, con todo su peso irresistible, ceyó sobre Shakespeare. Se fué al camarote, y murmuró largo, largo tiempo.

—Has dormido diez horas—le dijo, después, Blackaff.

Cuando salió de aquella tumba, la noche era completa y sombría, porque las nubes ocultaban la luna y el Triton vogaba en las aguas de la Meuse.

## II.

—¡Alto! ¡alto! Deteneos si no quereis que echemos á pique vuestra infernal cáscara!

Estas duras palabras salían del fondo de la noche, á alguna distancia. Eran dichas en alemán. Shakespeare, gracias á su padre, hablaba desde la infancia esta lengua. Pero ese grito, esa amenaza extranjera, le llenaban de alegría el alma, porque le significaban lo lejano, lo desconocido, las emociones nuevas.

Fanales corrian sobre el río. ¡Los Mendiges! Los Mendiges! repetían en su lengua los marineros del Triton, aterrados. Amarraron rápidamente las velas. Dos ó tres barquichuelos llejaron á la nave. Unos diez soldados, con agilidad de gato, escalaron el puente. Llevaban linternas y se distinguían ángulos de caras belicosas, un bigote levantado, una mirada sombría y el brillo de los correajes.

—¿Qué tienes á bordo?—preguntó buenamente el jefe á Blackaff.

—Vengo de Dourze, por especie, capitán. Un habitante de Stratford me acompaña.

—¿En donde está? ¿Quién es? ¿A qué viene?

Shakespeare sintió sobre su cara el calor de la linterna que le iluminaba vivamente. Respondió bien á las preguntas. El interrogador pareció satisfecho; y dijo gruñendo:

—Está bien, está bien.

Y volviódese á Blackaff:

—Salsa ayer, eh?